

Encuentro inesperado después de años

Ahí viene Valeria. Sí, parece que es Valeria. Es ella o no es ella. Está un poco cambiada. Ella siempre fue tan flaca, atenta con su figura, ahora está distinta parece más gordita, pero siempre tan pulcra. ¿Será ella? Sí es ella, definitivamente es ella.

Cuánto tiempo hace que no la veo. Cuánto tiempo... Pero... aún no me ha visto, tengo tiempo de irme, de fugarme, de esconderme, de que no me vea. No quiero que me vea así. No quiero. No sé por qué, pero no quiero. Hace tanto que no sabía nada de ella. Treinta metros me separan de ella... está distraída, viene mirando las vidrieras. Me da tiempo para irme o para cruzarme de vereda. O simplemente dejar que pase por mi lado, sin hacer nada. Seguro que no me reconoce. Y bueno, la vida pasa para todos. Esos rulos rubios, esos ojos verdes tan bonitos, siempre tan saltones, que resaltan en la mirada. Me da cosa que pase por mi lado y no decirle nada.

Ahí viene Valeria, viene con un paso lento, lleno de dudas, distraída. Siempre era de andar a las apuradas. Hoy no. Es raro. Es lunes, son las diez de la mañana, siempre laburaba a esta hora. Si mal no recuerdo, laburaba en el juzgado... me pregunto si se habrá recibido de abogada. Seguro que sí, que se recibió. Y capaz que ahora ya sea fiscal, si no jueza. Porque era buena estudiando. Tan dedicada, impecable, obsesiva... siempre lo debía saber todo para sentir seguridad. En la secundaria fue la mejor de todas. Y en los primeros años en que ambas estábamos en la universidad también. Cuando finalmente me incliné por la carrera de historia, y ella por abogacía, dejamos de vernos seguido.

Ahí viene Valeria, y ya no recuerdo por qué nos habremos distanciado. Bah... sí me acuerdo, pero ya no me duele. ¿Se habrá casado con el hijo de puta de Orlando? ¿O seguirá dando vueltas como siempre, destruyéndole la vida a la gente? ¡Qué tipo pelotudo era ese, por dios!

Estamos a diez metros y ella aún no me ha reconocido o no me ha visto o me ha visto y se hace la boluda. Tengo la última oportunidad de fugarme de este sitio. De nunca más saber de ella. De hacer como que nunca me la volví a cruzar y punto. Pero ya la vi, y todo el engranaje de recuerdos vuelve a instalarse en mí como sueños blancos, como redentoras situaciones de mirar al precipicio y no querer caer. Ya me caí desde muy alto y es muy doloroso. Demasiado para soportar dos veces la misma situación. Pero la veo que viene caminando a paso lento, distraída... y yo parada, mirándola, sin saber qué hacer. Me pregunto... y no sé por qué verla me ha disparado todos estos recuerdos que parecían muertos, que parecían bien enterrados, porque con su ausencia las cosas se fueron calmando.

¿Fue traición lo de ella hacia mí? ¿Y lo mío hacia ella? ¿Vale el arrepentimiento como un modo de saldar las cosas después de tanto tiempo? ¿Las ausencias prolongadas entre personas son el remedio? ¿Tiene sentido todo hoy? Mi vida es tan distinta a aquellos años, tan distinta de como la había imaginado. ¿Su vida será como la mía, así de diferente? Por el aspecto sí. Conserva su aspecto refinado de siempre. Ese aspecto tan lleno de luz, de gracia. De esa inocencia y crudeza para decir las cosas con la misma magnitud. Sin medir consecuencias o sin darse cuenta de lo que generaba.

Ahí viene caminando Valeria. Ay Valeria... No puedo dejar de mirarla, aunque quisiera ignorarla. Siempre tan linda, y tan amigas que fuimos. ¿Cuánto hace que no la veo y que no sé nada de ella... doce... quince... años? Yo estaba en segundo de historia, ella en tercero de abogacía. Dejamos de vernos cuando me operaron si mal no recuerdo. Sí fue para ese entonces, que me enteré lo que me enteré. El boca de tarro de Luciano que no pudo quedarse callado. Y el muy imbécil habló cuando no debía hablar. Por eso cuando ves un tipo borracho es mejor no dejarlo pasar a tu casa. Dicen muchas pelotudeces sin medir las consecuencias. Y este imbécil no midió ninguna. Por un polvo se lo juegan todo. Y este tarado se decía amigo mío, de Valeria y de Orlando. Qué amigos más estúpidos teníamos por entonces. Y yo confiaba en Orlando, eso fue lo peor. Y confiaba en ella. Y el jetón de Luciano lo sabía todo. La única imbécil de la película fui yo.

Ahí viene caminando Valeria, pobre... la veo triste, la veo linda y triste. Dos combinaciones atípicas en ella. Nunca la había visto así, ni siquiera ese día que fue al hospital después de la operación por el accidente, donde la saqué recagando de allí. Está a tres metros de mí, y sigue mirando para cualquier lado, no me ha visto.

-Valeria... -Le digo, mientras le atravieso el cuerpo, en su paso distraído.

Me mira con sus ojazos con cierta extrañeza. Como si no me conociera. Como si me hubiera erradicado de su memoria. Como si de mí ya no tuviera rastros que recordar.

-Martina... cuántos años sin saber de vos. -Me dice y me da un abrazo, y quedo sin dar una respuesta acorde a su demostración de afecto. Apenas puedo levantar las manos y ponerlas en sus hombros. Y ella no deja de apretarme con fuerzas...

-¿Qué es de tu vida...? -Le pregunto y la miro a los ojos, y noto un velo como de nostalgia, una sensación muy extraña en ella.

-Una vida de mierda. De mierda. Qué decirte... perdoná, estoy muy angustiada hoy. No es mi mejor día. Ni mi mejor semana, ni mi mejor año.

Ahora la abrazo yo. Es como haber recuperado, en ese abrazo que me dio y que le doy, el tiempo perdido. Ese tiempo que nos distanció. Que nos hizo sentir solas, cuando habíamos compartido tanto.

-Te he extrañado mucho en estos años que pasaron. -Le digo. Y veo que de sus ojos, brotan dos lagrimones que caen por sus mejillas. Ruedan hacia su boca, dibujando un sutil surco, esos surcos producto del paso de los años-. Te extrañé, porque fuiste como una hermana muy querida para mí. Compartimos tanto...

-No me digas eso por favor, no ahora, no quiero revivir la mierda en que me convertí y con la que cada día de mi vida tengo que vivir... nunca imaginé volverte a encontrar. Es lo lindo de esta ciudad tan grande.

-No sé de qué hablás... pero no seas tan dura con vos misma.

Valeria me mira a los ojos. Y yo la miro. Sabía perfectamente por qué ella me traía tanta paz cuando hablábamos. Pero ahora ya no veo en sus ojos esa paz que me transmitía, y yo estoy en paz y ella no. ¿En qué nos hemos convertido con el paso del tiempo? Nos hemos convertido, muchas veces en esas cosas que odiamos de nosotros mismos o de los otros. Y nos convertimos en esos espejos, que nos dan una imagen tan llena de fracturas, de destellos que nos cortan como bisturís.

-Catorce años, tres meses... que no te veo. -Me dice, con una exactitud de un cálculo que en mí ya no existe. Yo dudaba si eran doce o quince y ella con ese cálculo exacto. Ella siempre fue así. Precisión en el detalle. Nada al azar. Y frente a mí, después de tantos años, ese aspecto nada parece haber cambiado.

Permanecemos unos segundos en silencio. Ella me mira y yo la vuelvo a mirar. Es una rara sensación. No siento enojo, no siento tristeza, no siento ese fastidio y esas ganas de matarla, que sentí hace tantos años atrás, cuando supe lo que estaba pasando entre ella y Orlando... cuando supe que estaba siendo traicionada por el hombre que era mi novio y por la mujer que era mi amiga, una de las grandes amigas, una hermana para mí. En ese momento el dolor era tan grande que hubiera preferido morir en el accidente. Arrancarme el corazón de cuajo. Que todo el dolor y las sensaciones horribles producto de la traición desaparecieran. Pero todo se fue calmando. Como se calma el agua después de un maremoto.

-Vamos a tomar un café, tenés tiempo... -le digo, mientras me dice sí con la cabeza y partimos hacia el bar de la esquina de la plaza.

-Nunca vengo por este lugar... -me dice Valeria, mientras le pide al mozo un café con leche.

-Yo igual, hace mucho que no vengo a este lugar. Es que estuve viviendo un par de años en el interior de la provincia y hace pocos meses que he vuelto. Me harté de vivir lejos de la ciudad. Allá ganaba el doble, y estaba en proyectos de trabajar la historia del pueblo donde vivía. Pero me cansé de todo eso. -Le digo, mientras el mozo nos trae lo solicitado.

-Mira vos... no sabía nada de vos.

-Yo tampoco. Ni de vos ni de nadie del grupo. Me alejé de todos. No me interesa tener contacto con nadie de mi pasado. A vos porque te reconocí, estás igual... y sentí una tremenda nostalgia.

-Decí que me paraste... venía muy distraída, no te hubiera visto. Venía pensando en cualquier cosa...

-¿Estás bien?...

-La verdad que no... me ha ido tan mal en todo. -Me dice Valeria, y se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas. Yo, mientras Valeria se seca los ojos, me quedo en silencio. Sin saber qué hacer, si preguntarle o esperar a que me cuente más. Pero lo que no sé es si quiero que me cuente de su vida. No quiero saber nada de lo que le ha ocurrido. Pero por otro lado, no puedo ser indiferente a sus palabras, tan cargadas de dolor.- Todo me salió mal. Horrible. -Prosiguió luego de unos segundos de silencios-. Todo. Todo mal. Ya no sé qué hacer. Ahora estoy sin trabajo. Y tampoco tengo ganas de trabajar. Hoy salí a la mañana a caminar un rato, o no sé a qué... porque si me quedo encerrada, no podré más.

-Me querés contar lo que te pasa... -Le digo y Valeria, me mira con dudas de hablar, es un instante en su tono de voz, duda si hablar o callar.

-Hace dos semanas que renuncié al juzgado. No pude más. No soporté más. Es un lugar de mierda. Estaba por rendir para fiscal. Llevaba casi diez años en el cargo, podía rendir y ganar, posibilidades había. Pero hace unos seis meses que empezaron a complicarse cada día más mis problemas allí. Y no soporté tanta hijaputez.

-Es ambiente muy machista supongo... -Le dije, como por decir algo.

-Un ambiente de mierda. Tremendo todo, machista, fascista, no les importa nada lo que le sucede a la gente. Pero ese no es tema... ya con eso había aprendido a convivir, hacía mi trabajo y punto. No opinaba de política, no me metía en chismeríos... pero fue hasta que me empezó a romper la paciencia uno de los jueces de la cámara. El juez Santoro, un pedazo de hijo de puta, hecho y derecho. Años trabajando en el juzgado con él y nunca me había dicho nada. Un señor había sido conmigo. Obvio, que en el juzgado se decían varias cosas del tipo, pero conmigo y mis compañeras de su juzgado nunca nada. Siempre muy educado, muy respetuoso. Una noche, era el cumpleaños del secretario de juzgado, nos invita a todos, y vamos todos... esa noche, andaba sin el auto, siempre que voy a fiestas y creo que voy a tomar prefiero dejar el auto e irme en taxi. Esa noche hice eso. El asunto que a las cuatro de la madrugada, ya estaba cansada, con sueño, y decido irme, empiezo a saludar a los que estaban en mi mesa, y en eso coincidimos, que el viejo de mierda este, también se está yendo. Cruzamos charla, el asunto es que me dice que me va acercar hasta mi casa y así fue... mientras me llevaba, charlamos de algunas cuestiones de rutina, nada serio, pero el

tipo en cuando llegué me dijo me invitás un café. Obvio, que le dije que no, que estaba durmiendo mi pareja, cosa que era mentira, ya estaba separada hacía dos meses más o menos.

-De Orlando te separaste... mirá vos... -Le hago el comentario, volviendo a cortar su monólogo.

-No Martina, de Osvaldo, me separé a los cinco años más o menos que estuvimos juntos. Pero no hablemos de eso... ¿querés?...

-Dale, mejor. Seguime contando tu historia con el juez.

-Disculpas y gracias. Te sigo contando... el asunto es que el tipo, averiguó que yo estaba separada realmente, que esa noche había sido una excusa mía y empezó a seducirme, a decirme algunas cosas, nada fuera de lugar, a mostrar cierta simpatía. Qué sé yo... hasta ahí, no había nada grave. En ese momento, la verdad que no me interesaba que nada prosperara entre nosotros. El tipo se encargaba de manejar algunas cosas, me fue liberando de trabajo excesivo para que concursara como fiscal. Eso lo habíamos conversado, en los juicios, a veces se hacían muy largos, se ofrecía a llevarme a casa, nuevamente diciendo que no a sus invitaciones... Pero un día, llegué un poco más temprano que de costumbre al juzgado, y él ya estaba en su oficina, trabajando. Escuchó que llegué y me hizo pasar para decirme que necesitaba hablar conmigo sobre algo muy importante, pero fuera del juzgado. Cometo el error de decirle que sí, no sentí que tuviera nada fuera de lo común. Fuimos a desayunar, y me explicó que estaba arreglando todo para que rinda el cargo de fiscal y me quede en su juzgado, que me necesitaba ahí porque ya sabe cómo trabajo y todo eso. En principio me pareció un gesto noble de un jefe que me quería como su empleada. Antes de irnos para el trabajo de nuevo, me insiste con una invitación a cenar. Le digo que sí. Pero... le aclaro que no me gustaría que nadie sepa que estamos yendo a cenar. Efectivamente esa noche cenamos, fue todo muy tranquilo, muy llevadero, el tipo siempre muy agradable, muy conversador, muy entrador... llegamos a casa... me vuelve a preguntar si lo invito un café, le vuelvo a decir que no, me vuelve a insistir con cierta amabilidad, lo hago pasar. Voy a la cocina a preparar el café, se viene y me agarra la espalda, me da vuelta y me da un beso. Primero me impresionó, después bueno, seguimos a los besos, el asunto que esa noche, nos acostamos. Caí en esa maldita trampa de la seducción de los hombres seguros. Al otro día cuando desperté, me quería fugar del planeta. Flor de cagada me había mandado. Y el tipo empezó a mandarme primero mensajes, después me llamaba varias veces en el día, especialmente en la noche, cuando ya no estábamos en el juzgado. Se empezó a correr la bola de que había pasado algo entre nosotros... y no me volví a acostar con él... y de hecho lo hablé bien, en teoría lo había entendido, ahí fue cuando empezó su persecución. Me sobrecargaba de trabajo. Me maltrataba

cuando entraba a su oficina. Empezó toda una campaña de desprestigio dentro del juzgado. Resultado de todo eso, le puse una denuncia, no prosperó, por ende, fui y presenté la renuncia, con una carta dirigida al Consejo de la Magistratura, tampoco le dieron tratamiento. Nadie habló a favor mío, por el contrario, quedé como una puta barata que quería ser fiscal, a cambio de acostarme con un juez, cosa que fue todo lo contrario, lo que menos quería era que se mezclaran las cosas. Y se fue todo a la mierda, como verás...

-Lamento que hayas pasado por esto... la verdad es como vos dijiste, una mierda. Quedaste metida al medio de los delirios de un viejo hijo de puta. ¿Qué pensás hacer ahora?...

-Estoy averiguando para irme a otra provincia, empezar de nuevo, y no hacer tantas cagadas juntas que después me persiguen por tantos años. Acá ya no puedo hacer nada. Te cruzas mal en el camino de un juez y cagaste para todo el viaje. Así que no tengo mucha opción.

Nuevamente, luego de escuchar su desahogo, que incluso para mí también es extraño, aparece entre ambas un silencio de nostalgias, de presuntas cuestiones que nos obstruyen el alma y que no somos capaces de hablar, pero que nos siguen triturando sin demasiado margen para comprenderlo en ese momento. La comprensión hacia el otro, de ese otro, que a su vez, siento que me hizo un daño brutal y que me costó superar, no siempre es tan fácil, aunque así de fácil, después de tantos años, ocurra el encuentro. El dolor a lo largo de los años empieza a desaparecer y uno empieza, incluso, a agradecer que eso hubiera ocurrido así. Al menos en mi caso. Dolió, lo que tuvo que doler, pero ya pasó. En el caso de Valeria, el dolor fue tomando otras formas, nunca pudo salirse de ese esquema que la ha ido marcando por tanto tiempo.

Miro el reloj veo que son las doce y cuarto. Le hago un gesto para romper ese pesado silencio que quedó entre ambas después de lo que me contó. Está angustiada, algo perdida, se nota esa desazón que se notaba en su caminar.

-Me tengo que ir Valeria... a la una y media tengo una reunión de trabajo.

-Gracias... necesitaba conversar esto con alguien sin que me juzgara. Por eso es que te quería tanto a vos. Lamento mucho todo lo que pasó entre ambas. Fui una imbécil como siempre. Y está claro que mi imbecilidad tomó caracteres diferentes con el tiempo. Pero siempre imbécil.

-Ya está, tiempo pasado. Pensá en vos. Seguí adelante con tus propias fuerzas. -Le digo, como si fuera una experta en esos mensajes de libros de autoayuda berreta.

-Gracias... de verdad muchas gracias. Me encantó cruzarme con vos. Muchas veces imaginé cómo podría ser este encuentro. Al final solo hablamos de mí. Me das tu número, y después te llamo, nos volvemos a ver... bah... si es que querés...

-Dale anota mi número. Llamame, pero no sé si quiero volverte a ver. Te soy honesta. Me dolió mucho todo... hoy no me duele nada. Ni siquiera los recuerdos. Pero fue mucho, mucho dolor todo. Ese dolor después se convirtió en algunos recuerdos, con el tiempo esos recuerdos fueron menguando su magnitud, hoy ya no duelen.

Mientras le digo esto último, que me parece una brutalidad innecesaria, ella me mira nuevamente a los ojos, y en esa pureza de la mirada, le veo el dolor reflejado en los suyos. Me levantó, la saludo, agarro mis cosas y salgo.

Ya en la puerta, vuelvo a mirar hacia adentro del café. La veo con la mirada en el suelo. Como desconcertada, como si una tremenda soledad la invadiera y le dejara el cuerpo pesado sin ganas de moverse. Decido entrar de nuevo, darle un fuerte abrazo, y despedirme con el mismo afecto que nos teníamos cuando éramos unas jóvenes que creíamos comernos el mundo a nuestra manera. Aunque en ese comer sufriéramos nuestros errores. Y ella tuvo sus errores, como los tuve también yo.

-Dale llamame mañana, nos tomamos otro café. -Le digo. Y ella sonrío, y yo también.